

LECCIÓN UNO

INDEPENDENCIA O MUERTE

OTROS ÁMBITOS

Aunque este no es un curso de filosofía ni de historia, inevitablemente roza esas disciplinas. Así, en la lección inaugural se ofreció el ámbito histórico en que se inserta el curso, y algo más sobre historia será inevitable añadir en esta y otras lecciones. Ahora quisiera abordar otros ámbitos. Inicialmente, el geográfico.

El ámbito geográfico de nuestra América, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, era uno de los más vastos del planeta. Abarcaba desde buena parte de lo que hoy es Estados Unidos hasta Tierra del Fuego, más las islas del Caribe y otras. Sólo la superficie de lo que era la Nueva España rebasaba los 4 millones de kilómetros cuadrados. Incluía actuales estados como California, Arizona, Nevada, Nuevo México, Texas. Primero este último, y luego los demás, fueron arrebatados a México a mediados del siglo XIX por el creciente país del Norte. Las Trece Colonias inglesas originales tenían, juntas, un territorio menor que Venezuela y apenas la tercera parte de la Argentina. Y una ciudad como el México de entonces era inimaginable en Estados Unidos.

Sin embargo, demográficamente, el nuestro era un continente subpoblado, y en el cual la mayor parte de los habitantes no eran lo que se han solido llamar blancos. De acuerdo con algunas fuentes, en la América española (la mayoría de nuestra América), alrededor de 1800

había casi 14 millones de indígenas, varios millones de esclavos negros y algo más de 3 millones de blancos. Estos últimos, pues, eran una minoría. Y, de ellos, sólo el 5% eran españoles, los cuales, sin embargo, detentaban el poder político y eclesiástico. El resto eran criollos. Las vicisitudes del término *criollo* han sido estudiadas por José Juan Arrom. Según él, la palabra surge en el portugués del Brasil en el siglo XVI. Significaba “criado en un lugar”, es decir, no venido de fuera. Se aplicó primero a los negros americanos (para distinguirlos de los africanos), luego a animales y plantas oriundos de estas tierras, y por último también a blancos de similares características. Pero hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, había quedado casi exclusivamente reservada a los considerados blancos americanos, como señal de su diferencia con respecto a los metropolitanos. En cuanto a los indígenas, los verdaderos descubridores de este Continente, y los africanos, que a partir del siglo XVI empiezan a ser introducidos en calidad de esclavos, fueron arrojados a la base de la pirámide social. Aunque de ellos, y los numerosos mestizos, nos ocuparemos en lecciones posteriores, algo se adelantará sobre todo a propósito del caso relevante de Haití.

Naturalmente, hechos como algunos de los anteriores implican raíces autóctonas de la emancipación y de su correspondiente pensamiento. Concretamente, la esclavitud, por una parte; y, por otra, el hecho de que el poder político y eclesiástico estuviera en las manos de una minoría de habitantes blancos no criollos, mientras estos se iban sintiendo distintos de los metropolitanos. Alexander von Humboldt, quien recorrió por la época distintas zonas de la América española, haciendo sagaces observaciones, afirmó que los criollos blancos (o que se tenían por tales) ya no se consideraban españoles de ultramar, y decían: “Yo no soy español, soy americano”, subrayando así su pertenencia a América, un vocablo que todavía no había sido absorbido por el país del Norte que casi no tiene nombre, sino definición: Estados Unidos de América. Ello no quiere decir que se nieguen influencias foráneas, como las provenientes de la guerra de independencia de las Trece Colonias y la Revolución Francesa. Con ellas se inicia un ciclo de revoluciones donde se inscriben las independentistas de nuestra América. Pero estas últimas tenían razones propias, como las tempranas y constantes revueltas de indígenas (la más relevante de las cuales fue la de Túpac Amaru a finales del siglo XVIII), de esclavos negros (que en algunos países lograron establecer enclaves autónomos, hasta la gran hazaña haitiana) y de criollos blancos, como las revueltas comuneras del siglo XVIII. Ahora bien: según José Luis Romero (1977), ellas no tenían pretensiones secesionistas, siendo más bien émulos de “la democracia villana” de tradición medieval, ejemplificada en obras como *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega. No debe dejar de mencionarse la expulsión de los jesuitas de la América española en 1767. Se ha dicho que ellos inventaron la nos-

talga de América. Fue significativa la *Carta a los españoles americanos* de 1792, de Juan Pablo Viscardo, de origen peruano, que Francisco de Miranda hizo publicar en 1799 y donde se clama ya abiertamente por la independencia de Hispanoamérica.

LA PRIMERA INDEPENDENCIA DE NUESTRA AMÉRICA: DE LA REVOLUCIÓN HAITIANA A AYACUCHO

Aunque en la última década del siglo XVIII y la primera del XIX no faltaron en América textos (y aun acciones) que criticaban las políticas metropolitanas y en algunos casos llegaban a propugnar la separación política, la independencia de nuestra América se inicia, de manera atípica, en lo que había sido la colonia francesa de Saint Domingue y a que partir de su liberación, el 1º de enero de 1804, fue rebautizada por sus libertadores con su nombre primigenio de Haití. Culminaba así una gran revuelta de esclavos negros iniciada en 1791. Su razón principal, pues, era interna: la espantosa esclavitud que la hacía probablemente la colonia más rica del mundo. Pero sin duda influyó en el hecho la Revolución que había estallado en la metrópoli francesa en 1789 y tuvo profundas repercusiones en la isla. Hostigada esta por enemigos de Francia, ávidos de aquella riqueza, un enviado de la Revolución Francesa, Sonthonax, emite en agosto de 1793 el decreto de emancipación de los esclavos del Norte. Se trata de una medida de gran trascendencia, que lleva a los esclavos a un primer plano y acaba transformando la vasta revuelta en una guerra que al cabo será de independencia y encontrará dirigentes del calibre de Toussaint L'Ouverture. Este último es encarcelado y llevado a Francia por el ejército que Napoleón envía a la isla, al mando de su cuñado Leclerc, con el fin de aplastar la revolución y restablecer la esclavitud. Pero las tropas napoleónicas son derrotadas en 1803, antes que en Rusia y España. Los ex esclavos haitianos habían asumido la gran divisa de la Revolución Francesa en ascenso, "Libertad, igualdad, fraternidad", que Napoleón pisoteaba. La Revolución Haitiana, dijo Romero, fue el "primer gran triunfo en Latinoamérica del principio de la igualdad" (1977). El general en jefe, Jean-Jacques Dessalines, proclama la independencia y anuncia un discurso donde se plantea: "Independencia o muerte", disyuntiva dramática que hemos dado como título a esta lección. Tanto la proclama como el discurso deben haber sido escritos por su secretario, Boisrond Tonnerre, pues Dessalines era analfabeto. En general, los textos en que se expresan los criterios por los cuales se luchaba son proclamas, discursos y constituciones (Fischer, 2003). Así, en el tercer artículo de la constitución de Toussaint L'Ouverture, de 1801, emitida cuando Saint Domingue era todavía colonia francesa, se lee: "En este territorio no podrá haber esclavos. La servidumbre ha

sido abolida para siempre. Todos los hombres nacen, viven y mueren libres y franceses”. Acaso estas palabras se hacen eco de la hermosa Declaración de los revolucionarios de las Trece Colonias del 4 de julio de 1776. Con la diferencia de que en Haití sí había sido extinguida la esclavitud, que perduró casi un siglo en Estados Unidos. La trascendencia de la Revolución Haitiana es grande. Un historiador afirmó: “Toussaint empezó donde Robespierre acabó”. En 1963, el escritor de Trinidad y Tobago, C. L. R. James, llamó “De Toussaint L’Ouverture a Fidel Castro” al epílogo de la nueva edición de su libro *Los jacobinos negros. Toussaint L’Ouverture y la revolución de Haití* (James, 1938). Y en 1970, en su obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*, Juan Bosch (1970) comparó la acción de Sonthonax al decretar, en un momento decisivo, la extinción de la esclavitud, con la de Fidel Castro cuando proclamó el 16 de abril de 1961, la víspera de la invasión mercenaria, el carácter socialista que había asumido la revolución en Cuba. Los sucesos haitianos, y en general las repercusiones de la Revolución Francesa en el Caribe, han sido temas de las grandes novelas de Alejo Carpentier *El reino de este mundo* y *El Siglo de las Luces*.

Si la Revolución Haitiana entusiasmó a los esclavos de las Antillas, incluso por supuesto las hispanoamericanas, en cambio atemorizó a las respectivas oligarquías. En el caso de Cuba, su guerra de independencia no vino a estallar sino en 1868, y a reanudarse, ya en condiciones muy distintas a las de los demás países del área, en 1895 (de lo que nos ocuparemos en otra lección). En la Hispanoamérica continental, la chispa que encendió las revoluciones fue el derrocamiento por Napoleón del rey de España en 1808, lo que hizo que, tras distintos avatares, alrededor de 1810 se iniciaran de norte a sur las guerras de independencia cuyos dirigentes son harto conocidos: tales fueron los casos de Hidalgo y Morelos en México, Bolívar y Sucre en Venezuela, San Martín y Moreno en Argentina, O’Higgins en Chile, Artigas en Uruguay, y muchos más. Tales guerras no siempre contaron con componentes iguales, aunque todas aspiraban a la independencia con respecto a España, y por lo general se proponían independizar no a una zona, sino a lo que era la América española en su conjunto. Ello explica que algunas grandes figuras (como Bolívar, San Martín y Sucre) pelearan en más de uno de los actuales países. O que el Grito de Dolores, que proclamó la independencia mexicana, fuera “¡Viva México! ¡Viva América!”. O, en fin, el Congreso de Panamá, proyectado por Bolívar en 1824 (el año en que la victoriosa batalla de Ayacucho selló la independencia de la Hispanoamérica continental) y realizado en 1826, para que “las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental”. Por desgracia, tal Congreso no obtuvo su propósito, ni se mantuvo la unidad deseada, sobre lo que se hablará después.

CONSERVADORES Y JACOBINOS

Si los líderes de las revoluciones independentistas tenían, en general, metas políticas comunes, no pasaba otro tanto con sus metas sociales. Me detendré en dos ejemplos señeros de quienes han sido considerados conservadores en este último orden. Uno es, acaso, la primera gran figura hispanoamericana, y sin duda el precursor por antonomasia de lo que él llamaba la Magna Colombia, pues veía a nuestras tierras como una unidad. Me refiero al venezolano Francisco de Miranda. Su vida fue fascinante. Militar a las órdenes de España (también lo fueron otros, como San Martín), participó heroicamente en la guerra de independencia de las Trece Colonias, y se vinculó con grandes figuras del país naciente, como después lo haría con figuras inglesas y hasta con Catalina de Rusia. En 1792 fue mariscal de campo y luego lugarteniente general de los ejércitos de la Revolución Francesa, entonces regida por los girondinos. Su nombre está inscripto en el Arco de Triunfo de L'Étoile en París. Sin embargo, se ha dicho con razón que Miranda soñaba a América como su verdadera patria. Pero lo hacía como un anti-jacobino convencido. Su biógrafo, Mariano Picón Salas, dice que “su concepción del Estado era un tanto patriarcal”. No quería que la política de la Revolución Francesa llegara a contaminar el continente americano ni siquiera bajo el pretexto de llevarle la libertad, porque temía más a lo que consideraba la anarquía y la confusión que a la dependencia misma. Para decirlo en términos más modernos, entre la contradicción metrópoli-colonia y la de clases explotadoras-clases explotadas, se inclinaba hacia la primera, y prefería que se siguiera explotando a las clases que consideraba inferiores. Siendo un ardiente independentista, rechazaba resolver la contradicción a favor de la colonia si el precio era hacerlo a favor de las masas. Tenía, en consecuencia, un pensamiento político revolucionario y un pensamiento social conservador. Este fue también el caso de otra figura espectacular a su manera: el mexicano Fray Servando Teresa de Mier, quien también fustigó el principio de la igualdad. Con ironía, dijo que “los franceses han deducido que era necesario ahorcarse entre ellos para estar en situación de igualdad en el sepulcro, único lugar donde todos somos iguales”. Era, dijo Romero, “aristocratizante”. Defendía la nobleza criolla, en peligro a sus ojos si prosperaban las tesis igualitarias. Tales criterios, en ambos casos, no amenguan su grandeza, que ha atraído a no pocos escritores. Pero su costado conservador los asemeja a próceres de las que fueron las Trece Colonias, independentistas, sí, pero esclavistas y oligárquicos.

Sin embargo, tales criterios no fueron compartidos por muchos líderes independentistas. Es más, ha podido aplicárseles a no pocos de ellos el calificativo de jacobinos. De entrada, a los haitianos, como hizo (el primero, según creo) C. L. R. James en su libro mencionado de 1938. No vamos a encontrar en el pensamiento de la emancipación de nuestra

América un pensamiento más radical que el de la victoriosa revolución de ex esclavos de Haití. Pero sí otras personalidades radicales que merecen ser llamadas jacobinas. Marx definió el jacobinismo como una manera plebeya de acabar con los enemigos de la burguesía. La idea, que se ha extendido mucho, de que las guerras de independencia de nuestra América fueron sólo una revolución de las oligarquías no parece justificable. Con razón ha sido expuesto que la historia de los movimientos populares en nuestra América todavía no se ha escrito. En Haití, es evidente que no eran oligarcas quienes combatían, sino masas de ex esclavos. A Hidalgo y Morelos en México los seguían en gran medida pobres e indios. Algo parecido puede decirse de quienes peleaban junto a Artigas en la Banda Oriental, que terminará llamándose Uruguay. A él se debe una precoz reforma agraria favorable a los indios. Y, con variantes, jacobinos han sido llamados también Nariño en Colombia, Gual y De España en Venezuela, Moreno y Monteagudo en Argentina, el Doctor Francia en Paraguay. Su pensamiento está articulado en acciones concretas, y sus manifestaciones son generalmente proclamas, constituciones, documentos de guerra.

Pero a pesar de esos llamados jacobinos, a pesar de las masas sobre todo indígenas, aunque también de otras etnias, en las tropas, con frecuencia, el movimiento insurgente no tuvo su principal impulso en esas masas, sino, al menos en los primeros momentos, en las incipientes burguesías o pre-burguesías, como prefirió considerarlas Noël Salomon.

De aquí pasamos al “hombre solar” de este momento, como lo llamó José Martí, para quien fue, indudablemente, la figura histórica más importante de su vida. Lo llamó “Padre” (así lo haría también Pablo Neruda en “Un canto para Bolívar”), y añadió que “lo que Bolívar no hizo en América, por hacer está todavía”. Pero Bolívar tuvo una vida tormentosa, como lo dijo él mismo, lo que además se ha expresado en muchísimas obras literarias que le han consagrado. Por su nacimiento fue un mantuano, es decir, perteneció a la aristocracia venezolana. Pero en su conducta sobrepasó muy frecuentemente a su clase de origen, y ella no se lo perdonó (Acosta Saignes, 1983). Ello se vio en su final desgarrador, que dio materia para la novela de García Márquez *El general en su laberinto*.

El pensamiento de Bolívar fue muy complejo. Su influencia y herencia son múltiples. Yo diría que los neomantuanos (es decir, los conservadores) tienen algún derecho a reclamarlo, pero sólo a un pedacito suyo. A Bolívar lo reclamamos sobre todo los revolucionarios. Por ejemplo, el chileno Francisco Bilbao, desde luego Martí, y, en el siglo XX, Fidel, el Che y los actuales revolucionarios venezolanos que incluso han llamado Bolivariana su República. Hay etapas en el pensamiento de Bolívar que se corresponden con lo que va viviendo histórica-

mente. Hay un momento que se ha llamado “la patria boba” (Romero, 1977), del inicio de la independencia, cuando no hay rey en España, y las Cortes de Cádiz, protegidas por los ingleses, mantienen una actitud confusa con respecto a América. Pero Fernando VII asume su reinado, se revela atroz, y tras su regreso, y especialmente tras la instauración de la Santa Alianza y la invasión de España por los cien mil hijos de San Luis, la guerra adquiere momentos muy dramáticos y Bolívar va dando testimonio de esta evolución. Hay que decir además que, a diferencia de la mayor parte de las figuras que consideramos en esta parte del curso, Bolívar fue un extraordinario escritor, y no sólo un gran estadista, un gran pensador, un gran militar. Sus textos se siguen leyendo hoy con notable inmediatez. Por ejemplo, en su “Manifiesto de Cartagena” (1812), cuando había sido derrotada la primera República, dice:

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino lo que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada (Bolívar, 1812).

Aquí está el Bolívar terrenal, que llegó a ser tremendo. Decide, a partir de este momento, cambiar totalmente de giro, pasar de las que consideraba repúblicas aéreas a la reales, y creo que pocos textos más duros se han escrito en nuestra América, en relación con este giro, que el decreto que firma Bolívar en Trujillo el 15 de junio de 1813, y es conocido como “La guerra a muerte”:

Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido como enemigo y castigado como traidor a la patria y, por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas. No el que no combata, sino el que no conspire contra la tiranía. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas [...] Y vosotros, americanos, que el horror y la perfidia los han extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan. El solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables.

Los textos ulteriores de Bolívar, hombre de vasta cultura, siguen dando idea de su enorme complejidad. Así, dice: “Es menester que la fuerza

de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso la ambición europea. Y este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la unión de toda la América meridional". No sigo citándolo, los invito mejor a leer su "Carta de Jamaica" y su "Discurso de Angostura" (Bolívar, 1986a; 1986b). Concluiré subrayando la visión americana meridional que tuvo y compartió con muchos grandes dirigentes coetáneos, como San Martín y Sucre. Sin embargo, tal visión, como sabemos de sobra, no encarnó en la realidad. Conspiraron diversos hechos contra ello. Por ejemplo, la contradicción entre geografía y demografía: un enorme territorio subpoblado, comparado con las Trece Colonias que cabían holgadamente en algunos de los países nuestros. Por otro lado, en su mayor parte habíamos sido colonias de países atrasados, España y Portugal, que he llamado paleoccidentales, mientras las Trece Colonias se alimentaban de las tradiciones inglesas. Y apenas había entre nosotros barruntos vagos de una burguesía fuerte. Así se hizo imposible hacer realidad el sueño bolivariano y de tantos de nuestros primeros líderes independentistas.